

EL PRIMER INFORME DEL PRESIDENTE JLP*

**EL ACELERADO DETERIORO DE LAS CONDICIONES
MATERIALES Y DE LA «CONFIANZA»**

Carlos SCHAFFER**

“Una observación directa de la realidad mexicana [...] sitúa de inmediato en una constelación de agudos conflictos y contradicciones sociales paradójicamente inscrito en un cuadro más general de estabilidad institucional y política.

RENÉ BÁEZ¹

El panorama nacional parece corresponder a una situación de rápido deterioro. Esta conciencia no escapa al jefe del Estado mexicano que, en sus palabras:

México, como el resto del mundo, vive una crisis muy severa [...] hace ya varios años perdimos la proporcionalidad de los precios, lo que desató la inflación. Para compensar el poder

*Los materiales aquí presentados son versiones sintetizadas por los mismos autores de “Comentarios al Primer Informe del presidente JLP”, publicados en la *Colección Reflexiones* núm. 4 de la Coordinación de la Investigación Auxiliar, IIEC-UNAM, 1977.

** Investigador del IIEC-UNAM.

¹ René Báez. *El panorama internacional*, “La Perspectiva Mexicana”, p. 65. Ediciones Crítica, Quito, Ecuador, 1977.

adquisitivo de los trabajadores, se acordaron aumentos generales de salarios y después su revisión anual. Más tarde, nuestra moneda se devaluó, se agravó el desempleo, caímos en la recesión, el sistema financiero evidenció su insuficiencia y la situación se complicó con la desconfianza. *Nos ha quedado la estabilidad política* y en ella [...] seguimos actuando y construyendo el país conforme a los valores y principios que nos unen.²

A estas alturas está claro que la crisis que vive el país es de vastas proporciones; que no se limita a lo que bien podría llamarse una coyuntura y que se entrelaza con los factores estructurales que inscriben a México dentro de la dependencia también estructural respecto al imperialismo y que, junto con éste, toda vez que se trata de una fase del propio sistema, en la crisis del capitalismo mexicano hay, también, los caracteres que corresponden a la más *general* del sistema en su conjunto.

Para el presidente no son sólo los factores, ahora perdidos, los que delatan y explican la crisis. En su opinión

una serie de contradicciones caracterizaban la realidad que constituye ahora nuestro problema [...] la necesidad social de una tasa de crecimiento más alta entró en conflicto con el retraimiento de las inversiones [...] la obligación del estado a invertir se vio restringida por su incapacidad para financiarse [...] se agudizaron las contradicciones entre el sector agropecuario comprimido y el sector industrial sobreprotegido; entre la economía rural sujeta a precios fijos y la economía urbana subsidiada; entre las necesidades de importación y la capacidad de exportación.³

Sin detrimento de reconocer que un intento así de explicar la situación nacional es bastante más serio que, por ejemplo, la vocinglería oportunista que trata de imputarle las causas a los «errores» de la administración pasada con el propósito nada disimulado de quedar bien con la actual; la del presidente tampoco es, en rigor, una explicación que por lo menos ubicara las consecuencias de la crisis respecto a su nexos explicativo común y de fondo, a saber: el carácter mismo del sistema, el capital, su irracionalidad y especialmente la del capital monopolista. Y en esto tanto la actual como la pasada administración se identifican.

² José López Portillo. *I Informe de Gobierno*, 1o. de septiembre de 1977.

³ *Idem.*

Más bien, de acuerdo con los señalamientos del informe relativos a la crisis internacional, al preámbulo del siglo XXI, a que ningún sistema postula injusticia, etcétera, pareciera que la crisis es algo universal —toda vez que no se diferencia explícitamente a los países socialistas en los que no hay tal fenómeno— ajena al carácter del sistema social y propia, en general, del desarrollo de la humanidad en su marcha al futuro y en parte también derivada de ciertos factores y contradicciones de la sociedad con la naturaleza; la imprevisión; el crecimiento demográfico, al que se le concibe como algo enteramente natural que complica la situación y desde luego, los mismos desajustes económicos y financieros que se les presenta como el testimonio de la crisis, a la vez que se les supone, implícitamente, parte de sus causas; en todo ello el factor «confianza», entendiéndose claramente confianza de los capitalistas sobre la estabilidad de sus inversiones y perspectivas de las ganancias, es una muy importante explicación de la situación actual.

La crisis es actualmente la médula de la cuestión. Pero lejos de lo que según el diputado Víctor Manzanilla Schaffer —en la «síntesis de las ponencias de los diputados»⁴ que hiciera en una sesión de la Cámara a propósito de analizar el informe— fue la primera etapa de la actual administración, «que sirvió —dice— para diagnosticar la crisis económica, entender sus causas, administrarla y no ser doblegada por ella», la realidad es que en ese diagnóstico, fiel a su contenido de clase, los principales responsables de la situación, es decir, los capitalistas y muy especialmente los de carácter monopolista nacional y extranjero en su muy estrecha asociación con el estado, a cuyos intereses principalmente sirve, no aparecen en la escena; a cambio de ellos el papel de villanos del drama lo hacen, de un lado, los agiotistas, los acaparadores, los especuladores poco distinguidos que en realidad si se aprovechan de la crisis, son en verdad unos bandidos, pero a fin de cuentas «bandidos menores», son el espantajo al que deliberadamente se les señala y agranda a fin de cubrir con su sombra a la oligarquía y al imperialismo, del que por cierto ya no se habla siquiera en el lenguaje «tercermundista», en el que por supuesto también aparecía un «imperialismo» de izquierda, a los que con frecuencia hacía referencia el presidente anterior. Y por si ello fuera poco, a fin de que ningún miembro prominente de la clase dominante se pudiera sentir aludido con la frase, también empleada por el anterior presidente no por cierto para denunciar a la clase sino a ciertos elementos

⁴ «Analiza el Congreso el Primer Informe», *El Día*, 7 de septiembre de 1977, p. 6.

de ella con aquello de «los emisarios del pasado», para el actual presidente sólo existen «emisarios del futuro».

Es natural, a fin de cuentas, que en el diagnóstico de la crisis no aparezcan las verdaderas causas que la determinan. Lo que se busca con vehemencia es enfrentar flexible, eficaz, oportuna y decididamente una política capaz de reactivar la economía capitalista, no para superar o siquiera moderar sus más graves contradicciones, sino para fincar bajo las condiciones y los costos de la dependencia, el subdesarrollo y el monopolismo de estado un «adecuado nivel de inversión» sobre todo privada, que supone a su vez ganancias «justas», es decir, simple y sencillamente ganancias capitalistas derivadas de la explotación del trabajo ajeno, lo suficientemente altas como para animar a los capitalistas a invertir más capital y se requiere, paralelo con estos factores económicos, que las condiciones políticas sean tales, en lo relativo al control que la burguesía tenga de las masas proletarias y en general trabajadoras, que garanticen amplio grado de subordinación al capital, con lo que se tenderá a restablecer la anhelada «confianza».

Pero la pérdida de la confianza que ha habido no deriva en lo sustancial de la inestabilidad política, o de las contradicciones existentes en el seno del aparato dominante —como algunos lo quieren ver— sino, principalmente derivan, del mismo acelerado deterioro de las condiciones materiales y principalmente estructurales de la sociedad, que bajo el capitalismo, precisamente en virtud del desarrollo de aquellas contradicciones a las que no hace mención el informe, se imponen inexorablemente incluso contra la voluntad y conciencia de la clase burguesa. Del lado del capital el deterioro de esas condiciones se expresa indudablemente en una considerable caída de la tasa de ganancia en general a la par que en el mantenimiento y aún el incremento de ésta en algunas ramas y empresas, principalmente monopolistas; se expresa asimismo en el alto tributo que la dependencia impone a través de una enorme deuda externa que requiere a estas alturas tal vez no menos de 4% del producto interno anual para pagar intereses y a la vez en el angostamiento de la capacidad de la burguesía para endeudarse; en la imposibilidad de acudir sin límites a los expedientes que hasta hace unos meses permitían el financiamiento deficitario creciente de una economía que crecía cada vez menos y cada vez más atrapada en los altos costos, altas ganancias y relativamente baja productividad. Ahora pareciera que en la apertura de la crisis, que le ha tocado «administrar» al presidente López Portillo, se va a aplicar una varita mágica —que sin duda el gobierno busca— llamada «productividad» y, en verdad, si esto fuera posible —es decir,

elevar ganancias a través del acelerado incremento de la explotación relativa del trabajo y el desarrollo de las fuerzas productivas— tal vez la crisis lo dejaría de ser de pronto o se producirían cambios profundos y reacomodos en una perspectiva distinta, sin embargo, si esto es difícil en el capitalismo industrial lo es todavía más en el subdesarrollo: la reorganización del proceso productivo no se puede llevar más allá de ciertos estrechos límites determinados precisamente por el mismo atraso y deformación de la estructura, determinante, a su vez, de una escasa capacidad financiera, entendiéndola en su sentido amplio, es decir, de gravámenes sobre el desarrollo de las futuras fuerzas productivas de la sociedad en las condiciones capitalistas actuales; escasa capacidad que representa, en parte, la emergencia de la propia crisis.

Es por todo ello que lo que se puede hacer, más que superar la crisis, es «administrarla».

En algunos casos se aumentará la productividad y las fuerzas productivas, en otros no; ahí se destinarán los recursos de capital principales; se harán otros muchos respetuosos llamados a la inversión extranjera ofreciéndole, hasta donde se pueda, la mesa puesta o, como hoy se dice, se invita al «capital de riesgos», para que corra el menor riesgo; se harán nuevas y a la vez limitadas inversiones abriendo a la explotación nuevas actividades y regiones al torrente capitalista y, sin embargo, todavía quedará desintegrada la geografía nacional y ocultas tal vez la mayor parte de las riquezas de nuestro país; algunas empresas más cerrarán, otras seguirán operando precariamente a través de desfaltar la fuerza de trabajo y en todos los casos, toda vez que el proceso en su conjunto se mueve en un marco históricamente determinado y bajo el predominio de los intereses de una clase nacional e internacional, que determinan el sacrificio sustancial de las potencialidades creativas de la sociedad, el expediente principal y en cierta forma único que ellos tienen para sortear a su manera la crisis es la explotación de las masas trabajadoras. En rigor, la administración de la crisis es que, en la imposibilidad de mejorar ganancias por la vía del amplio desarrollo de las fuerzas productivas —lo cual no descarta la explotación del trabajo, pero acaso crea una condición menos penosa para los trabajadores e históricamente también menos irracional— la burguesía opta por intensificar, extender, magnificar y reproducir a escalas mayores el fenómeno de la explotación, por la vía del empleo y el desempleo, ya aumentando la productividad y rezagando salarios, ya aumentando las jornadas y las cargas a trabajadores; a través de la compresión de su jornal frente a una inflación inexorable y cada vez más desempleados en la familia y a través del acentuado despotismo del capital dentro y fuera del trabajo.

Pero en tanto este proceso se revela ante nosotros con una objetividad evidente y aplastante, no hay que olvidar que tiene, a pesar de todo, a la vez que un fundamento objetivo también uno subjetivo: el atraso ideológico y político de los trabajadores, su falta de independencia política, teórica y organizativa, el atraso general de la lucha revolucionaria y su cristalización en la ausencia de una fuerza social formidable del proletariado que precisamente explica que en la crisis actual sólo haya quedado la «estabilidad política», en la que el presidente López Portillo con razón dice, “seguimos actuando y construyendo el país”. En efecto, el mismo país dominado por una clase y ahora más subordinado al imperialismo, con aquellas condiciones subjetivas dominantes en el seno de las masas que las convierten, en verdad, en la principal condición favorable para que el capital proceda a la reorganización de todas las esferas de su influencia y de acuerdo con sus intereses. Frente a ello, frente a la ausencia de esa fuerza social alternativa actuante en el panorama nacional ¿es acaso posible concebir una reforma política profunda y una vida democrática más auténtica?